

EL CRISTO DE LA LUZ

MISTERIO INSPIRADO EN LA LEYENDA
TOLEDANA DE IGUAL NOMBRE Y ESCRITA
EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

GONZALO CANTÓ

y

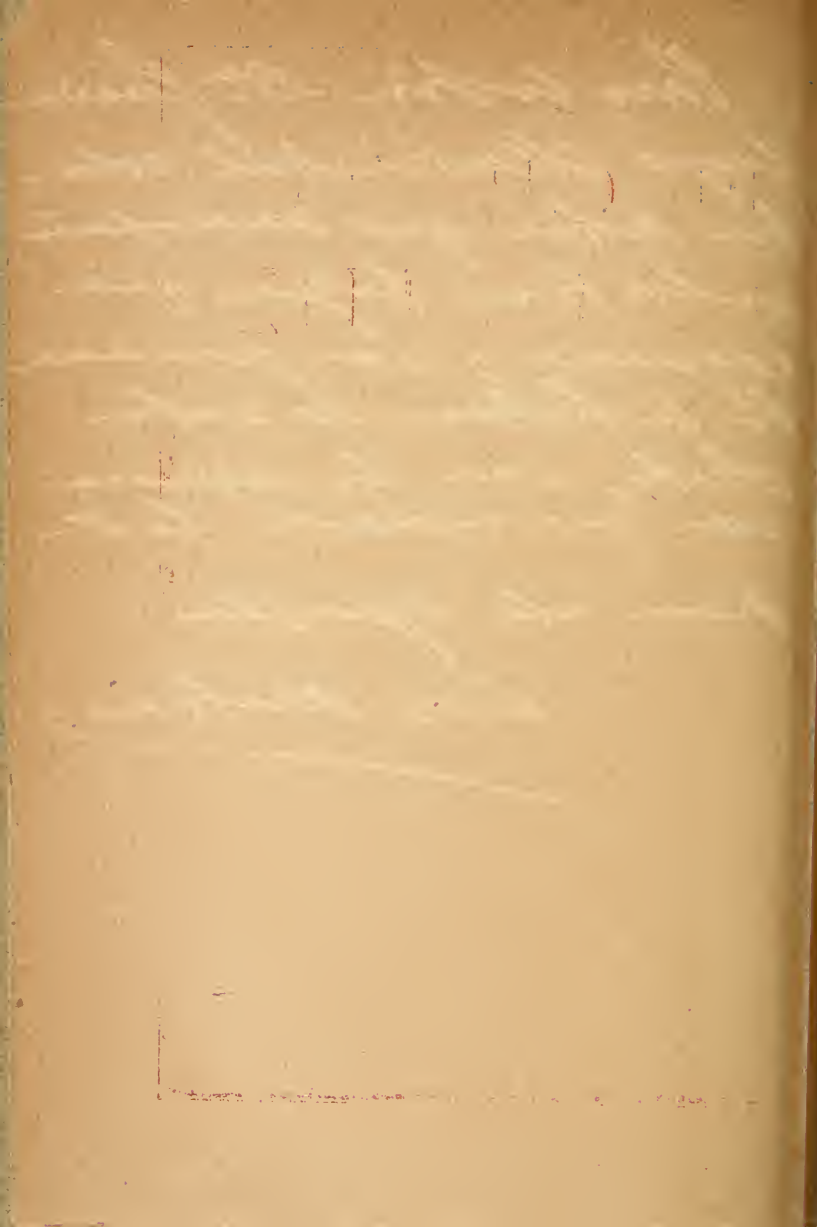
LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ

PARA LA FUNCIÓN VERIFICADA EN EL TEATRO ROJAS
DE TOLEDO, EN LA NOCHE DEL CORPUS DEL AÑO 1919,
Y ORGANIZADA POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO
DE DICHA CIUDAD.



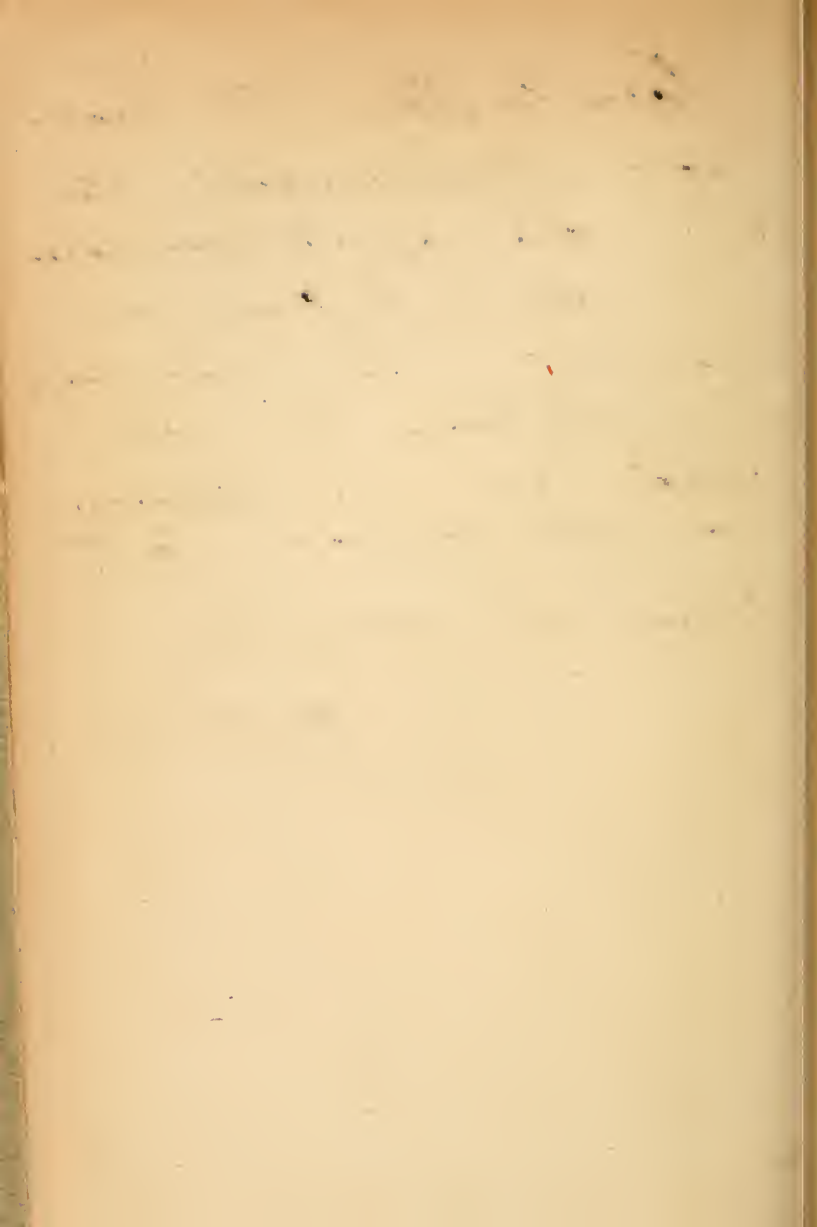
EDITORIAL «MUNDO LATINO»—MADRID

6



Para lo que se ha
supre Mendriabal, rober-
tu acia, que decupen
en los furos fopos que
requiere y con pronunci-
to, lo Reben de esto
obito, con la aduina-
con que uacase, lo de
EL CRISTO DE LA LUZ
dicon este ejemplo

Los autores,



EL CRISTO DE LA LUZ

MISTERIO INSPIRADO EN LA LEYENDA
TOLEDANA DE IGUAL NOMBRE Y ES-
CRITA EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

GONZALO CANTÓ

Y

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ



EDITORIAL «MUNDO LATINO»
MADRID

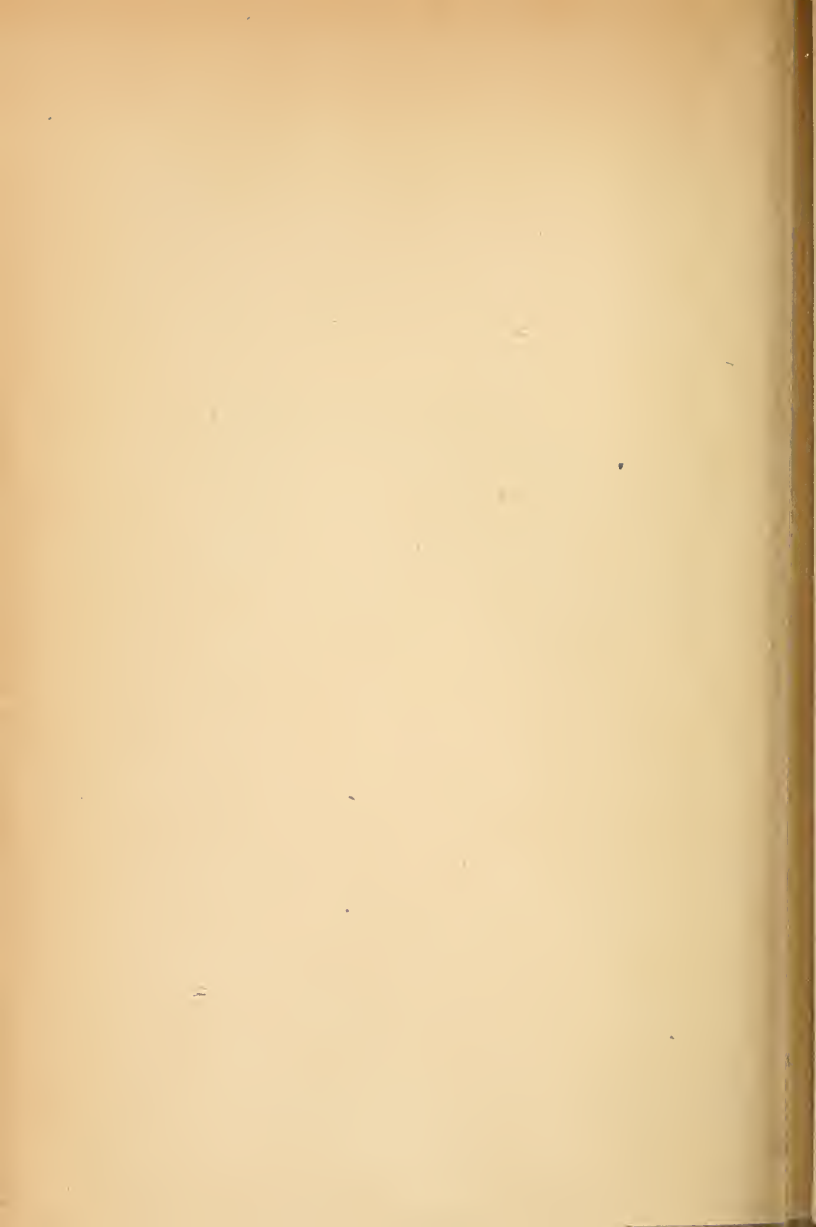
Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La «Sociedad de Autores Españoles» es la encargada de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

*Al Excelentísimo Ayun-
tamiento de Toledo, con todo
el fervor y admiración que
sienten por la imperial Ciudad*

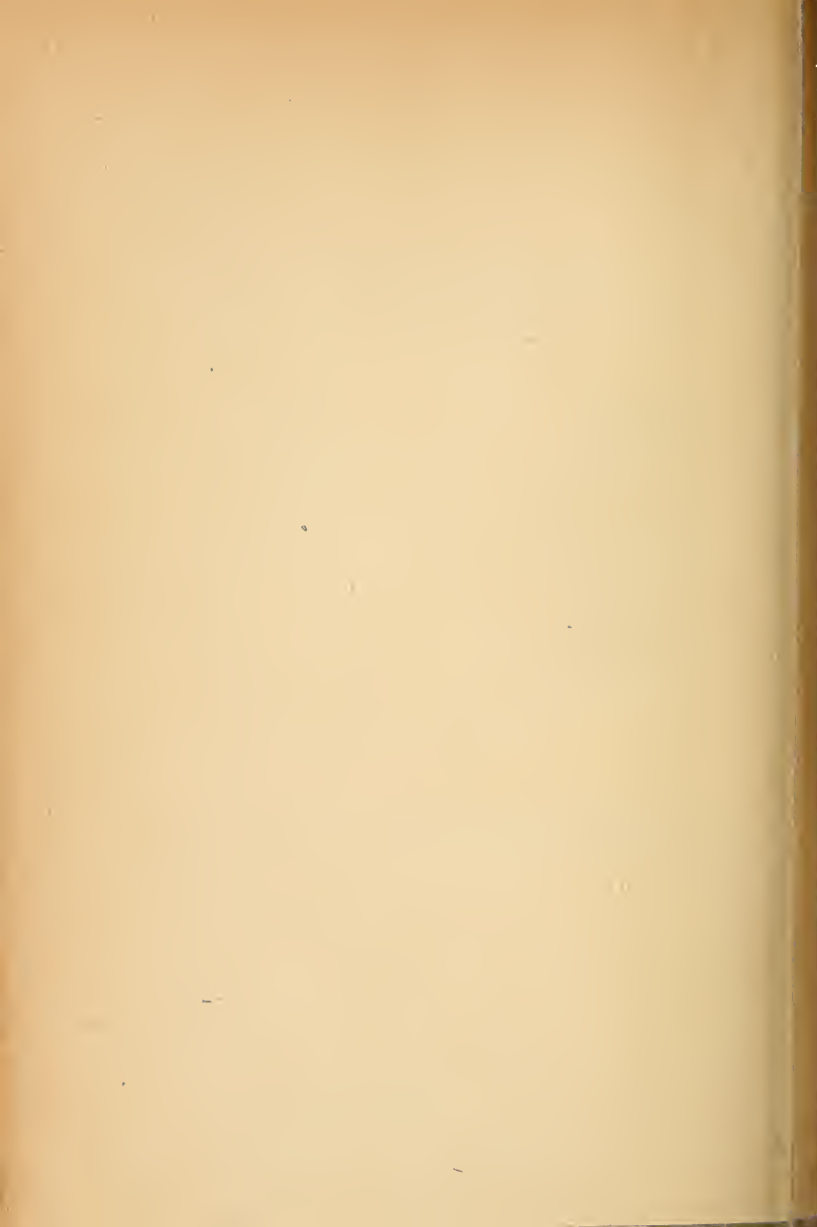
Los autores.



PERSONAJES

REBECA.....	Hija de
ABISAÍN.....	Judío.
BRUNILDO.....	Cristiano.
SAMUEL.....	Judío.
PUEBLO.	
GUERREROS.	

Derecha e izquierda las del espectador.



ACTO ÚNICO

Interior de la casa del judío Abisaín, con arreglo a la época. Al fondo, gran ventana de vidrios redondos, con un cortinaje que aparecerá descorrido y que se correrá cuando lo indique el diálogo. Junto a la ventana, herramientas del artífice platero. A la izquierda, fondo, el principio de un corredor sombrío, que acaba en una puerta de dos hojas. En el lateral izquierdo, la entrada a la habitación de Rebeca, y en el derecho, otras dos puertas o entradas que conducen, respectivamente, la de primer término, a la estancia de Abisaín y la del segundo, a la plazuela de Valdecaleros. Escabeles, sítiales, etc., etc. Sobre una mesilla, a la derecha, brillará una lámpara de mano. La acción empieza en las altas horas de la noche, para terminar cuando clarea el alba. (Año 555.)

Derecha e izquierda las del espectador.

ESCENA PRIMERA

ABISAÍN Y SAMUEL

(Se supone que el judío Samuel acaba de entrar, pues, aún no levantado del todo el telón, puede verse a Abisaín cerrar malhumorado la puerta que comunica con la calle, y dice, mientras el otro se despoja de la capellina.)

ABISAÍN

Ya estaba irritado.

SAMUEL

Y yo
impaciente; presumía
llevar tras de mí un espía
y el recelo me engañó
esta vez.

ABISAÍN

¿Nadie ha seguido
tus pasos?

SAMUEL

Ni ha descubierto
en que ánsa, fangal o puerto
mi corsario se ha metido.
Con pie cansado y tenaz,
paso vacilante y corto,
gran corcova, el aire absorto,

(Parodiando.)

plácida y dulce la faz,
burlando al que zahería
mi figura chabacana,
llegué a la puerta Agilana
cuando declinaba el día,
y el pobre templo al mirar,
le vi atestado de gente

y al Cristo resplandeciente
fulgurando en el altar.
En vano fugir sosiego
procura mi alma intranquila;
álzase un hombre, vacila,
y afinojándose luego
ante la imagen, pretende
besarla el pie; suena un grito,
corren todos; los imito
(yendo el primero, se entiende).
Y cuando ya mi jadeo
me agobia y retarda el paso,
lo misterioso del caso
me hace mostrar el deseo
de saber, por qué razón
la gente grita y se estruja,
cuando una pícara bruja
grita, viéndome:—¡Sayón,
tú fuiste!—Me acoquiné
de miedo; nadie la oía;
—¡Milagro!—el pueblo decía—
¡le han emponzoñado el pie!—
Y así, entre la brusquedad
de frases entrecortadas,
ademanes y miradas,
adiviné la verdad.
Y era que, cuando el cuitado
que llegó con ansia tanta,
buscó la divina planta,
la apartó el Crucificado.
Mucho expuse y bien salí

de tal susto y laberinto;
la confusión y el instinto
me han salvado..., y heme aquí.

ABISAÍN

(Paseando con rabla y haciendo movimientos nerviosos.)

¡Burlado y escarnecido!...

SAMUEL

Jehová lo quiso: El veneno
que en los pies del Nazareno
por orden tuya he vertido,
como una mancha amarilla
sobre la falla se extiende,
y el pie separado pende
de la Cruz, si alguien se humilla
por besarle.

ABISAÍN

¡No es verdad!

¡Mientes, dígol

SAMUEL

Si algo siento
es no mentir: el portento

circula por la ciudad
comentándose en un tono
tan hostil, que francamente...

ABISAÍN

(Impetuoso, interrumpiéndole con rabla y desesperación.)

No harán que doble mi frente
todo el peso de su encono.
Burlándome de la insana
vigilancia del guardián,
hollé, siguiendo mi plan,
la sinagoga cristiana
cierto día, y aún me miro
solo allí, tan satisfecho,
que en aquel ámbito estrecho
no cabía ni el suspiro
de gozo que dí al entrar;
fijé en su mirada esquiva,
que una lámpara votiva
alcanzaba a iluminar,
mis ojos febriles, y él,
buscando mi compasión
con la inmóvil sumisión
que a la Imagen dió el cincel
hundió la mirada artera
en su pecho lacerado,
que parecía tallado
con palideces de cera,
y aunque en sus labios no vi

temblar la voz, en mi oído
clamó un eco dolorido:
—¿Qué buscas, malvado, aquí?
El misterio del lugar,
el trémulo parpadeo
de la lámpara, el deseo
que tenía de vengar
mis propias iras, no sé
qué fascinación extraña
que a los débiles engaña
me hicieron suyo, y dudé.
Mas recobrando mis bríos,
que el miedo jamás aflige,
adelantándome, dije:
—¡Salve, rey de los judíos!
Solos estamos los dos,
yo, libre, y tú como el día
del Gólgota. ¡Quién diría,
viéndote así, que eres Dios!

SAMUEL

(Dejándose vencer por el interés.)

¿Y entonces?... Prosigue...

ABISAÍN

Nada;

sonó un suspiro.

SAMUEL

Tal vez
del Cristo.

ABISAÍN

De la vejez
de alguna momia cansada
que con el alba entró a misa.

SAMUEL

¿Y huiste?

ABISAÍN

¿Yo?...

SAMUEL

Pues...

ABISAÍN

Sali
con pausa, dejando allí
el ex voto de mi risa.

SAMUEL

Tus odios no se conciben;
abandónalos y piensa

que la Tierra es harto extensa
para todos los que viven.
No te dejes dominar
por insano fanatismo:
la vida, en todos lo mismo,
consiste sólo en pasar
y en morir, cuando lo quiere
el que lo dispone todo;
créemelo, israelita o godo
lo mismo sabe el que muere
si vuela al seno de Abrahán
o va al limbo o sube al cielo;
ese es el triste consuelo
que los que sueñan nos dan.
Atente, pues, a tus manos,
busca una paz sin rencores,
ya que eres de los mejores
artífices toledanos,
y en vez de ese pensamiento
clavado entre ceja y ceja,
al Cristo clavado deja
y triunfa y vive contento,
y no le aceches ni acosas
con esos delirios vanos.
¿De qué sirven los gusanos
en las guerras de los dioses?

ABISAÍN

Habla el dolo y la traición
por tus labios.

SAMUEL

Siempre fué
enemiga de la fe
la inexorable razón.
Mas de tus palabras cuida,
que es un necio quien se atreve
con las canas, pura nieve
de las cumbres de la vida.

ABISAÍN

(Con aire más sosegado.)

Perdona este odio profundo
que el obstáculo agiganta.

SAMUEL

Es la cicuta la planta
más extendida en el mundo
y arrancarla es necesario.

ABISAÍN

¿Pretenderás que profese
el credo del Cristo, y bese
las piedras de su calvario?

SAMUEL

Quiero que el amor corrija
tus odios y te sometás

para que no comprometas
el bienestar de tu hija,
y siendo fiel a esta raza,
en que es la perfidia un culto
prestes, en vez del insulto
la risa que lo disfraza.
¿Por qué tu afán se rebela
contra el que al Mártir adora,
si tu mano, mientras ora,
le arrebató la escarcela,
y al contar el oro impío
que entre sus mallas contiene,
nunca preguntas si viene
bautizado o si es judío?
Con eso comprenderás
que estás de sobra pagado.

ABISAÍN

¡Vives siempre equivocado!

SAMUEL

¿Qué más quieres?

ABISAÍN

¡Mucho más!

Yo quiero vengarme y ver
si es la mirada tranquila
de su apagada pupila
hipocresía, poder,

capricho del escultor
o antojo del que lo observa;
si ante mi encono conserva
su actitud el impostor;
si se adormece o se encona
su resignación divina
remachando espina a espina
las que tiene en su corona,
y arrastrarle a su pesar
y arrojarle entre las heces,
a ver si cambian las preces
mi basurero en altar.
Ahora mismo...

(Tomando la capellna que habrá sobre un escabel y calándose la capucha. Skena un «suspiro» que jumbroso y Samuel retrocede aterrado. Absaln, dice, deteniéndose:)

¿Qué?...

SAMUEL

un suspiro?

¿No oiste

ABISAÍN

¡Mientes!

SAMUEL

No.

ABISAÍN

Rebeca en sueños lo dió
o en tu miedo lo fingiste.

ESCENA II

DICHOS Y REBECA

Sale asustada a medio vestir y se dirige a la su padre,
sin mostrarle efusión, impulsada únicamente por el miedo.

ABISAÍN

¡Rebeca...!

(*¡Verla.*)

REBECA

¡Señor...!

(*Con temor.*)

ABISAÍN

Creí...

REBECA

Desperté aterrada; he oído
—y nadie darlo ha podido—
un suspiro junto a mí.

SAMUEL

(Con sorpresa y miedo.)

¿Tú también?

REBECA

¿Acaso vos?...

SAMUEL

También lo escuché.

ABISAÍN

No puedo
con la farsa de ese miedo;
quedad temblando los dos,
que yo poco he de poder
o he de probar la mentira
o que todo el que suspira
su razón debe tener.

SAMUEL

¡Tente, loco!

REBECA

¿Adónde va?
mirad que relampaguea.

ABISAÍN

Aunque el mundo volcán sea
mi aliento le apagaré.

(Vase cerrando con violencia la puerta y tras él Samuel.)

ESCENA III

Después de las primeras frases abre la ventana y entonces se oye claro y distinto el rumor de la lluvia y del trueno todavía lejano; de vez en cuando relampaguea.

REBECA

¿Dónde va...? ¿Qué torpe sino
su ansia dormida renueva?
¿Quién le señala el camino
que a su perdición le lleva?
¿Por qué a tiempo que desata
su furia la tempestad
y ruge la catarata
de lluvia en la inmensidad,
confusa en ella se pierde
la voz doliente que oí
dejándome que recuerde
lo venturosa que fui?

¿Qué extraña revelación
enciende mi pensamiento?
¿Por qué enamorado siento
palpitar mi corazón?

Mientras dice lo anterior, se separa de la ventana, que deja abierta, viéndose el movimiento de la cortina al impulso del vendaval, y va a caer de hinojos casi frente al público, tendiendo sus manos al espacio, en actitud de súplica.

Era verdad, ¡oh Virgen!, ¡oh Señora!,
santa Madre del Dios, único y bueno
que al mundo vino como dulce aurora
para sufrir, sin desgarrar tu seno.
Era verdad, como la nube ardiente
que la divina indignación refleja,
como el cálido soplo que en mi frente
el beso helado de la lluvia deja!
¡Era verdad y necia y descreída
pasaron ¡ay! mis años juveniles *infantiles*
a infernales engaños sometida
y a indignos rezos y a esperanzas viles.
¡Perdón, perdón, Señora! El pecho mío
en noble aliento por tu amor se inflama
más impetuoso cuanto más tardío,
más que luz triste, abrasadora llama.
Quiero arrastrar ante tu santa imagen
el cuerpo hediondo, aunque llagadas vea
mis rodillas; que me odien y me ultrajen
y el fin que busco mi martirio sea.
Mas por mi amor y tu piedad, Señora,
concédeme adoptar en gloria mía

en vez del nombre que llevé hasta ahora,
tu dulcísimo nombre... ¡el de María!

Antes de que Rebeca terminé su parlamento, Brunildo asoma por la ventana, observa, salta a escena y dice sin poder contenerse, oyendo la última frase de aquélla.

ESCENA IV

REBECA Y BRUNILDO

BRUNILDO

¿María?

REBECA

(Levantándose con verdadero sobresalto.)

¿Quién...? ¡Tú...!

BRUNILDO

Dios lleva

la verdad al corazón

REBECA

¡Brunildo!

BRUNILDO

Deja que el labio
que el placer saboreó
de oír en tu boca el nombre
más dulce en su religión
lo repita imaginándome
que de tu alma se escapó
como un presente que envías
hasta el trono de mi Dios.

REBECA

¡Tu Dios y mi Dios, Brunildo!

BRUNILDO

Me engañas: quizá mi amor,
fascinándote un momento,
tu albedrío esclavizó
y tomas por fe el influjo
natural de una pasión.

REBECA

Te equivocas:

BRUNILDO

¡Dios lo quiera!

REBECA

Como asoma el ababol
en los trigales, luciendo
su ensangrentado color
sobre el amarillo de oro
que deja el ascua del sol,
entre la amarilla bilis
que da a mi padre el rencor,
cual viva rosa de púrpura
florece mi corazón.

(Pausa.)

Escúchame. Era muy niña,
tan niña, que apenas hoy
puedo fijar con certeza
la fecha ni la ocasión,
cuando tras de la ventana,
donde el odio previsor
puso en cada celosía
doble cebo a la intención,
viendo al ~~viendo~~ lejos la alta torre
cuyo remate tiñó
sobre el turquí de los cielos
la última chispa del sol,
al moverse una campana
trájome el aire veloz
con los gemidos del Tajo
su melancólico son,
y preguntando a mi dueña

La causa de aquel rumor,
comiéndose las palabras,
como quien fuerza la voz,
hosca y sardónica, dijo
vibrando en su alma el rencor:

«Es que los perros cristianos
llaman así a la oración.»

Y yo, tornando los ojos
al campanil que apagó
plácidamente la noche,
latiendo en mi alma el amor
dije: «¡Los perros cristianos
hablan muy cerca de Dios!»

Otra vez, y con motivo
de la peste que sembró
la muerte en Toledo, vi
pasar una procesión
y en alto una bella imagen
que mis ojos cautivó,
porque era tan suave y dulce
su seráfica expresión,
que siguiéndola con ansia
y hambre de verla mejor,
iba preguntando:—«Digan
quién es la que así pasó»
y un cristiano, con voz dulce
en que temblaba el fervor,
dijome al punto:—¡María,
la Santa Madre de Dios!
¡María...! ¡María...! Un eco
repitió en mi corazón

Tierna

y cuando la calentura
mis párpados abrasó
secándome hasta las lágrimas
que me arrancaba el dolor,
constantemente en mis labios
su dulce nombre sonó,
y cuando volví a la vida
creí en Ella y en tu Dios
y en ti, porque Ella es la gloria,
y Jesús la salvación,
y tú la ventura humana,
puesto que eres el amor.

(Con apasionadísimo arranque.)

BRUNILDO

Ya Rebeca o ya María,
siendo israelita o cristiana
con gozo el alma daría,
si Dios tal precio ponía
por ser tu dueño mañana.

REBECA

¡Brunildo!

BRUNILDO

Marchar debí
con mis huestes, y no puedo
ni permanecer aquí

ni ausentarme de Toledo
ni separarme de ti.
Y en terrible confusión
¡Vete!—me dice el deber.
¡No!—me grita el corazón.
¡Tu dirás, santa o mujer,
cuál de ellos tiene razón
y a quién debo obedecer!
Pero antes, gentil hebrea,

(Apasionado)

haz que tu mirada sea
esplendoroso lucero
que a tierras de amor me guíe,
y si tu boca sonrío
¿qué me importa el mundo entero?
Si embelesado te miro,
vengan denuestos y agravios,
mientras suena entre tus labios
la música de un suspiro.
Si el rey por su autoridad
como traidor me reclama,
yo le diré que es verdad,
que hice por fiel a mi dama,
traición a mi voluntad;
que no queriendo quererte
estoy sintiendo a la muerte
tras de mis pasos venir
que por no dejar de verte
viéndote quiero morir;

que aun profesando los dos
fe diferente, se unían
las almas cuando pedían
la misma merced a Dios,
y que si el Dios que venera
mi alma, en sus brazos te viera
mirándote cual te miro.
y entre tus labios oyera
la música de un suspiro,
disculpando el frenesí
que siento viéndote así,
comprendería mi miedo
de abandonar a Toledo
separándome de ti.
Ven, ¡huyamos!

REBECA

¡Imposible!

¿Cómo he de seguirte yo
sin lanzar sobre tu nombre
la pública execración?
¿Un caballero cristiano
que sus blasones orló
con el mirto de esmeralda
reservado al triunfador,
unirse a una criatura
despreciable, que nació
bajo el vergonzoso estigma
que tiene su raza? No,

Brunildo, Dios te reserva
fortuna, gloria y honor
y espléndidos horizontes
abiertos a tu ambición,
y bajo la luz del cielo
que tu camino alumbró
para que en él no se pierda
tu clara y noble razón,
una boda de linaje
que haga tu gloria mayor
aunque la esposa que elijas
no te adore como yo,
que dejaré en el olvido
marchitarse mi ilusión,
roja adelfa, flor de sangre
que el destino envenenó.

(Con apasionada ternura.)

BRUNILDO

¡Ángel mío! ¡hermoso dueño!
deja que tiemble mi voz
y en blandas súplicas lleve
las ternuras de mi amor.
¿Qué importa el mundo y la fama
si el hombre que la ganó
siente que al latir de amores
solloza su corazón?
¿Dejará el nómada errante
el diamante que encontró
porque áspera turba envuelva
su divino resplandor?

¿No lo llevará creyendo
que lleva en la mano el sol
para engarzarle en la espléndida
diadema, con que ciñó
sobre una huella de besos
la frente, que es su ilusión?
Pues así, a través del mundo,
iré llevándote yo,
tan prieta, que no te alcance
la ajena mumuración,
tan alta que no te vean
más que mis ojos y Dios.

(Transición.)

Y vámonos, vive el cielo,
que antes que rueda el turbión
y abra el día perezoso,
hemos de hallarnos los dos
tan lejos, que no descubra
nuestras huellas ni un azor.

(Poniéndola su capa.)

Ven, bajo mi roja clámide,
más venturosa que yo,
te respetará la lluvia;
y puesta en mi corazón
ya segura y confiada,
y clavado y firme yo
en los estribos, y suelto
mi caballo volador,

cruzaré como un relámpago
la puerta de Valmardón,
pasaré el puente, sin que oigas
del negro Tajo el rumor,
y hundiéndome entre los montes,
que mi salvaguardia son,
ya puede lanzar Toledo,
de nuestras huellas en pos,
sus más ágiles corceles,
sus hombres de más tesón,
mientras, en valle recóndito
donde un eremita alzó
su pobre oratorio, abjuras
tus errores ante Dios,
y ya cristiana, María,
te hará mi esposa el amor.

REBECA

¡Bendito eres! Ya te sigo.

(Pavorosos golpes en la puerta que da a la calle; la tempestad arrecla.)

BRUNILDO

¿Quién da vuelo al aldabón
tan a deshora y con puño
tan terco?

REBECA

¡Mi padre! ¡Oh Dios!

BRUNILDO

Ya no te abandono.

REBECA

Ocúltate,
presto

(Queriendo hacerle entrar en la habitación.)

BRUNILDO

¡Nunca!

(Vuelve a sonar la aldaba.)

REBECA

¡Por favor!
ya oyes, trae prisa:

BRUNILDO

El hereje
al descanso es rezagón;
que duerma presto...

REBECA

¡Te juro
seguirte!

BRUEILDO

Bien, ya me voy:
que duerma presto, si quieres
que tenga paciencia yo.

Brueildo entra en la habitación de Rebeca, corriendo el tapiz. Ella, ante los reiterados llamamientos a la puerta, abre y entra Abisaín, calada la capucha, a largos pasos, sin fijarse en su hija, lanzando los versos, como verdaderas imprecaciones: llevará bajo su túnica el Cristo que acaba de robar.

ESCENA V

REBECA Y ABISAÍN

ABISAÍN

¡Rompe, furia infernal, en ruido y llamas!
¿Qué me importa la cólera del cielo
si vencí su engañosa omnipotencia
y entre mis manos trémulas le tengo?

(Riéndose y mirándose y echándose atrás la capucha. Rebeca cruza por el fondo para ir a refugiarse junto a la puerta de su estancia medio escondiéndose tras el tapiz.)

¡Ni aun de la lluvia preservarme pudo!
Caro pagué el horrible sacrilegio,

como dirán los que asombrados miren
del ara santa el profanado hueco,
cuando un profeta charlatán, buscando
divina causa a mi vulgar secuestro,
haga creer que en fulgurante nube
la Excelsa Imagen remontó su vuelo.
¡Ya estás aquí colmando el gozo mío!
¡Rey de Jerusalén! ¡Salvador nuestro!
¡Redentor del pecado!... ¡Cómo late
bajo tu cruz, mi corazón protervo!
¡Lejos de mí! ¡Si el odio santifica,
divino te hace el odio que te tengo,
mi odio inmortal, el odio de mi raza,
el que sintió mi aborrecido pueblo!
¡Abran sus rojos cráteres las nubes!
¡Ruda marcha triunfal canten los truenos
y finjan los relámpagos tapices
de viva lumbre en el gastado suelo!
¡Soy sacerdote de la fe del odio,
y ante Jehová, con mis febriles dedos
alzo la imagen del Mesías!... ¡Vuela
al trono de tu Padre... Nazareno!

(Va parodiando una fingida devoción y exaltación de fe, por el oscuro pasillo cuya puerta abre, lanzando al Cristo, proyectándose en aquel momento, por dicha puerta, un resplandor vivísimo, a cuyo fulgor se destaca la figura de Absaín, que, al oír el trueno formidable que sigue, lanza una infernal carcajada, mientras suena un grito de angustia, y Rebeca, que pegada a la pared, presencia el sacrilegio de su padre con ojos de espanto, cae de rodillas, diciendo:)

REBECA

¡¡Jesús!!

ABISAÍN

¿Quién? ¡Tú, Rebeca! ¿Qué dijiste?
¡Hija!

REBECA

¡Tu hija no soy! ¡yo te aborrezco!

ABISAÍN

¡Calla!

REBECA

¡Sentí la religión del odio!
¡Tu amarga herencia y tu odio te devuelvo!
¡Oh, si pudiera devolver lo mismo
la sangre tuya que en las venas llevo...!
¡Con qué placer lo haría, y en mis labios,
exangües ya, con mi postrer aliento,
maldecir una vez y otra esa vida
que a un miserable horrorizada debo!

ABISAÍN

Por Jehová, cállate; si valeroso
el peligro me excita, en cambio siento
loca pasión por tí, mi única dicha,
la única gloria que en el mundo tengo.

REBECA

(Con Indignación y asco.)

¡Aparta!

ABISAÍN

¡Escucha, hebrea!

REBECA

¡Soy cristiana!

ABISAÍN

(Con rabiosa desesperación.)

¿Cristiana tú?... ¿Tú?

REBECA

¡Yo!; ¡yo, que en mis sueños
emponzoñados vi con luz de aurora
trazada la verdad sobre los cielos!

¡Yo, que bajo tu vista huraña y fiera,
leyéndote el Talmud, pensé en mis rezos!
¡Yo, que engañando el fanatismo tuyo,
la cruz que arrojas adoré en secreto!

ABISAÍN

Pues óyeme, maldita, cómo acaban
tu engaño y tu traición. Entré en el templo,
donde tu Dios estaba; parecía
que asustado a mis pasos el silencio,
por no turbar su expectación, guardaba
codicioso en los ángulos sus ecos.
La fadítica lámpara oscilando
en la penumbra azul de su desvelo
delineaba la pálida figura
sobre el obscuro tondo; ni un momento
vacilé en mi propósito: con mano
firme, mi dardo aseguré en su pecho
y apagóse la luz y un grito horrible
se perdió en la alta nave, y en el suelo
con ruido sordo de insensible masa
al rudo golpe se quebró su cuerpo.
Palpé en la obscuridad, uní sus trozos,
salí a la calle cuando el bronco trueno
aseguraba mi sigilo, vine,
y aquí me tienes salvo y satisfecho
de esa venganza ruin, que ha conseguido
probar la farsa a que vivís sujetos.

REBECA

(Con gran energía.)

¡Mientes!

ABISAÍN

(Lanzándose encolerizado sobre ella.)

¡Hija maldita, calla o sufre
de una vez mi rigor!

(En este momento aparece Brunildo, espada en mano, y
Absaín retrocede lleno de terror, rabia y asombro.)

ESCENA VI

(DICHOS y BRUNILDO, luego SAMUEL y pueblo, cuando se indique.)

BRUNILDO

Suelta o te dejo
clavado en la pared, pérfido hereje.

ABISAÍN

¿Quién eres tú?

BRUNILDO

Quien puede en un momento
arrebatarte el corazón maldito
y echarlo, si lo quieren, a los perros.

REBECA

(Conteniendo a Bruuldo.)

Déjale.

ABISAÍN

¿Conque defiendes
al que me insulta y maltrata?
¡Ahora comprendo, hija ingrata,
el vil precio en que me vendes!

(La escena va obscureciéndose gradualmente.)

REBECA

Huyo y me aparto de ti
con miedo.

ABISAÍN

¿Y el honor mío?

BRUN LDO

(Con glacial desprecio.)

¿Tu honor invocas, judío?
ya tiene el que yo la dí.

(Abisaín se dirige hacia el fondo, coge una hacha que habrá entre los útiles de platero y va violentamente hacia el grupo (que estará a la izquierda del espectador) quedándose el judío de espaldas al lateral de la derecha, en que aparece, poco a poco en la puerta que da acceso a la plazuela de Valdecaleros, la imagen luminosa del Redentor. Los autores recomiendan a los señores directores de escena, cuiden mucho esta situación de la obra, para que resulte el efecto escénico que se persigue, no descuidando las variadas combinaciones de luces, indispensables en ésta última parte de la obra, así como los relámpagos, truenos, lluvia, rumor de gente del pueblo, etc., etc.)

ABISAÍN

¡Veremos quién puede más!

BRUNILDO

(Quitándose el casco, arrodillándose y rindiendo humildemente la espada, al ver la celeste aparición del Cristo, Rebecca, aminorada también, inclinará la frente hasta el suelo.)

¡Yo!

ABISAÍN

¡Arrodillándote!

(Sarcásticamente.)

BRUNILDO

¡Mira,
si igual respeto te inspira
el Juez que tienes detrás!

(Abisaín se vuelve, da un grlto horrible, retrocede y se frota los ojos; la voz de Brunildo adquiere un extraño acento de solemnidad, como si por él hablara la misma voz de Dios. Esta escena, hasta el final de la obra, queda encomendada al talento de los actores.)

ABISAÍN

¿Qué horrible fascinación
mis ojos débiles ciega?

BRUNILDO

La gracia de Dios que llega
temblando a tu corazón.

ABISAÍN

Quizá un reflejo perdido
miente su espectro en el muro

BRUNILDO

Mira su sangre, hombre impuro
en la mano que le ha herido.

ABISAÍN

(Alza su mano hasta la divina claridad y al ver sangre en
ella, exclama aterrado:)

¡Sangre!

BRUNILDO

Sí; en el santuario
bajo esa mano brotó,
y al salir te redimió
como al mundo en el Calvario.

(El teatro queda completamente a oscuras, oyéndose un
rumor de gente que se acerca.)

ABISAÍN

Siendo así, ¿por qué dejaste
victoriosa mi impiedad?

(Al Cristo.)

¿dónde encontrar la verdad?

BRUNILDO

¡Allí! ¡Donde la arrojaste!

(La aparición borrosa en el muro de la derecha, cambia de sitio, yendo a proyectarse vivisimamente sobre la puerta del corredor oscuro.)

ABISAÍN

(Con voz angustiada y moribunda.)

¡Tarde realizadas vi
del cielo las profecías!
¡Señor! ¡Tú eres el Mesías!
¡Piedad! ¡Ten piedad de mí!

(Ligera pausa; óyense jadeos, rumores confusos y la voz de Samuel, a quien sigue el pueblo.)

SAMUEL

(Sallendo.)

¡Sálvate!, ¡huye! Todos vienen
a buscarte; el rastro vieron
de la sangre, y lo siguieron:
¡ansia de vengarse tienen!

(Oyese otro grito dado por Samuel. El Cristo desaparece, y por la ventana empieza a proyectarse la claridad azul del amanecer; a lo lejos suena una campana, cuyo sonido llega débilmente.)

REBECA

¡Llega el día! La luz vaga
del amanecer, oculta
el error que se sepulta
con la vida que se apaga.
Crepúsculos de ilusión
la vida humana refleja. .
¡Ay del que apagarse deja
la fe de su corazón!
¡Jesús de Getsemani!
¡Dios de la tierra y del cielo!
Ya que mi amor y mi anhelo
por tu piedad conseguí,
no me niegues de tu Cruz
la claridad protectora.
¡Muéstrate a la que te adora!
¡Salve, Cristo de la Luz!

(Oyese una musica inefable, y aparece de pronto en el hueco del ventanal, vivamente iluminado con el carmín y el oro del sol naciente, la imagen de Jesus Crucificado, tal como se conserva en la legendaria capilla: entonces se ilumina espléndidamente la escena, viéndose en ultimo término, arrodillados ante la Cruz, a Rebeca y Brunildo, rodeados de guerreros y gente del pueblo, que conservan las diversas actitudes de devoción y asombro. En primer término, caído de lado, dando la cara al publico, el cuerpo de Abisain, y a Samuel, aterrado, queriendo ocultarse de la aparición, tras de las cortinas del cuarto de Abisain.)

TELÓN LENTO



101121
111111

Precio: UNA peseta.